

RE
SISTIR
es el nuevo
arte

**EN UN RINCÓN DEL NORTE DE CALI,
QUE FUE ESCENARIO DE GUERRA DU-
RANTE EL ESTALLIDO SOCIAL, HABITA
UNA COMUNIDAD QUE RESPIRA ARTE,
MEMORIA Y RESISTENCIA; QUE LLEVA
TATUADO EN SU ALMA EL VALOR DE LA
RESIGNIFICACIÓN.**



////// POR: KAROL ANGULO

.....
ESTUDIANTE DE COMUNICACIÓN SOCIAL
.....



a Maloca Comunitaria Nicolás Guerrero no nació en condiciones óptimas, ni fue planificada con discursos de salón. Fue parida entre gases lacrimógenos, vandalismo, chismes, muertes y golpes policiales; cuando Cali ardía en medio del estallido social del 2021 y los jóvenes de la comuna 6 se aferraron a los sueños como quien se aferra a la vida.

En medio de la oscuridad, el vandalismo de quienes se abalanzaban a robar gasolina de las estaciones cercanas, el asesinato de jóvenes artistas y manifestantes, la desinformación de las redes sociales y algunos medios de comunicación, y una marea de personas que se sumaron al caos; un grupo de vecinos decidieron que era momento de poner fin a la anarquía. Con letreros que decían ‘NO ROBAR GASOLINA’, se armaron de valor para proteger su sector y de alguna manera recuperar el control de un espacio que se estaba desmoronando ante sus ojos.

Y fue en ese cruce, cuando ya la violencia se hacía presente en cada esquina, que alguien plantó la semilla de un nuevo proyecto: crear un espacio cultural, de diálogo, donde la palabra y el arte pudieran ser el remedio para la furia del barrio. Al principio fue solo la idea de una biblioteca en un escenario de guerra: el CAI Metropolitano. Hoy, cuatro años después, es una Maloca Comunitaria, un escenario creativo y sanador.

El 7 de mayo del 2021, en medio del calor asfixiante del conflicto, el barrio se reunió. Los vecinos sacaron libros, juguetes de circo, pinturas, ingredientes para preparar una olla comunitaria. Se juntaron todos en torno a la cocina y a la mesa, se pintaron murales que contaban historias de resistencia, y entre colores y risas, la violencia comenzó a disiparse lentamente. Ese día marcó el inicio de un movimiento que, justamente una semana antes del tercer pico de la pandemia mundial que se vivía por el Covid 19, brindó a la gente un motivo para volver a reunirse, para soñar y para resignificar un espacio que venía siendo escenario de violencia y represión.

MALOCA COMUNITARIA



**NICOLÁS
GUERRERO**

DE LA GUERRA A UN LIBRO

“El primer sueño era llegar a una semana con la biblioteca, y a los cuatro días de iniciar llegó la policía en la madrugada”, recordó Edier Betancourt, uno de los creadores de la Maloca. Fue una noche de esas que parecen presentir el comienzo o el fin de algo importante; en esa misma nació el nombre, todo tomó sentido, pues ya no era solo una propuesta individual, era una invocación comunitaria. Al salir a preguntar a los vecinos qué imaginaban para ese lugar, un CAI inhabilitado, y epicentro de conflictos, la respuesta fue unánime, clara y rotunda: “esto no es solo una biblioteca, esto es una maloca”.

Y así, bajo el caos y la resistencia, nació la casa de todos; no de barro ni ladrillo, sino de palabras, afectos y saberes compartidos. Una maloca donde cada historia importa, donde el conocimiento se construye entre todos y todas, donde las sociedades desescolarizadas y la pedagogía de la provocación, empiezan a educar sin lápiz ni tinta, sino con vivencias.

El CAI Metropolitano había sido hasta entonces, sinónimo de conflicto y abandono. Y a modo de reflexión, Edier decía que era una arquitectura diseñada para la guerra, surgida en épocas de guerra, en la que la ciudad vierte grandes sumas mensuales al sostenimiento. Esa estructura fría era el reflejo de un pasado de violencia y fue precisamente esa carga lo que impulsó a los vecinos a imaginar otro destino para el CAI. Reconvertirlo en un espacio cultural, en una biblioteca comunitaria que dialogara con la memoria y la esperanza, era un acto de fe, un grito de rebeldía, quizá, que iba en contra del silencio impuesto.

El 13 de mayo de 2021, Edier y Alexis, su amigo, en una larga charla cargada de emociones y recuerdos, debatían el legado de las víctimas que ya habían marcado al barrio y decidieron, con ayuda de un amigo grafitero, rendir homenaje a Nicolás Guerrero y sacar adelante este proyecto a su nombre. Su rostro, plasmado en un mural, se convirtió en un símbolo vivo de la lucha y la resistencia; no solo fue la pintura lo que embelleció aquel

muro, sino la promesa de que su nombre viviría entre libros y colores. La ‘toma’ del CAI se concretó el 14 de mayo, un lunes festivo, y con apenas cuatro días que habían tenido para transformar lo que era un lugar olvidado, la comunidad se unió para contar una nueva historia.

Como todo en Cali, la noticia corrió rápido; un amigo de Nicolás se encargó de avisar a su familia, y al día siguiente, Laura Guerrero, la mamá de Nicolás, se unió a la causa con una fuerza que solo una madre podría dar, haciendo suyo el dolor y transformándolo en esperanza.



Durante ese fin de semana frenético, la comunidad se sumergió en el proceso, llegaron libros, más pintura y recursos que parecían inundar el lugar, y hasta inventaron un sistema de seguridad propio para proteger el CAI, ya entonces, convertido en biblioteca.

Así, la gasolinera saqueada, el alboroto nocturno, la división del barrio, las ideas, los sueños, se entrelazaron para dar nacimiento a algo que ni el sistema opresor podría silenciar. Lo que surgió fue un espacio cultural en medio del caos, un lugar donde cada mural, cada libro y cada asamblea era una declaración de que el barrio no se rendiría; que, a pesar del abandono, la violencia y la desinformación, aún quedaba vivo el arte y la solidaridad.

El 7 de mayo del 2021, en medio del calor asfixiante del conflicto, el barrio se reunió. Los vecinos sacaron libros, juguetes de circo, pinturas, ingredientes para preparar una olla comunitaria.





FLUIR EN MEDIO DEL CAOS

Lo que una vez se concibió como una biblioteca itinerante y un espacio de arte para los vecinos, se fue convirtiendo en un escenario de nuevas oportunidades que brindaba la posibilidad de renacer. Así lo mencionó Laura, quien recordó con ternura el tránsito de Pablo, su hijo menor y hermano de Nicolás, por este espacio sanador.

"Pablo pasó de ser el niño, el hermano del artista, a ser parte del semillero. Ahora él no solo es el artista, sino que ayuda a los niños más pequeños que van llegando; siempre es el referente en edad. Antes decíamos que teníamos niños entre los 6 y los 11 años (...) ahora, entre los 12 y los 15, él se convirtió en ese ejemplo a seguir".

El paso del tiempo ha sido testigo de un notable cambio en la forma en que Pablo se relaciona con su entorno. "Yo creo que, comparado con el joven de aquella época, ahora soy bastante social. Antes apenas y hablaba, y me costaba entablar una comunicación". Afirmar que, gracias a los talleres, el conocer gente nueva y compartir en este espacio, hoy se le facilita expresarse y vincularse con lo que lo rodea.

La Maloca no es solo un espacio, lugar o grupo, sino también un hospital para sanar heridas a través del arte y el diálogo. Es un paso más hacia la reconstrucción de las identidades fracturadas por la violencia. A veces las heridas no se ven, no sangran ni hacen ruido. Se esconden en los gestos indescifrables, en las palabras que se callan, en las miradas que no se sostienen. La Maloca se convirtió en un refugio para esas heridas invisibles. Y en esa casa de pinturas, libros, circo, baile, música y ollas comunitarias, empezaron a sanarse algunas que parecían imposibles.

Camilo llegó a la Maloca por mera curiosidad. Y por hambre, no solo de alimento, sino de algo más profundo, de encontrar una guía, un lugar donde ser escuchado, donde no todo fuera calle, ruido y desconfianza. Se encontró con un espacio donde no se le exigía nada más que estar, observar y ser. Donde su historia importaba tanto como su presencia. Fue en busca de nada y terminó encontrando otra manera nueva de habitar el mundo.

“Yo siempre tuve una vida donde realmente la parte cultural no era mi interés, y siempre pensaba que no tenía talento para el arte, de pronto para dibujar, pero para nada más, y por eso me dedicaba a trabajar en la calle y a llevar una vida cotidiana, cuando de pronto vi lo que estaban haciendo acá en el sector Edier y todos los demás, y me gustó. Y creo que desde ese primer día nunca falté”, relató Camilo.

La Maloca tiene esa forma extraña de abrazar sin brazos. Es un lugar donde el arte circense, los malabares y las acrobacias se convierten en juegos para sanar traumas, para aprender disciplina. Camilo se convirtió en uno de los miembros más comprometidos: “la vida que tengo ahora es la que amo, aquí no me miran como problema”. La mayoría de los dibujos que hicieron en la biblioteca eran de su autoría, era de esos que llegan antes y se van después, que primero escucha y aprende, para luego enseñar. Hoy día es gestor de la Maloca, profesor del semillero del circo, junto a Alexis y Guido. Hace cuerda, música, dibuja. Es considerado el artista autodidacta del grupo, que logró darle sentido a su vida, a través del arte.

Y mientras Camilo florecía, y Pablo tejía su propia transformación, se convirtieron en el fiel reflejo de que un proceso colectivo permite a sus integrantes hallar la luz en medio de la oscuridad.

La Maloca no es solo un espacio, lugar o grupo, sino también un hospital, para sanar heridas a través del arte y el diálogo. Es un paso más hacia la reconstrucción de las identidades fracturadas por la violencia. A veces las heridas no se ven, no sangran ni hacen ruido.

VIVOS, LIBRES Y JUNTOS

Hay tres palabras que se repiten como mantra en ese espacio: vivos, libres y juntos. “Estamos vivos porque muchos de nosotros en algún momento no queríamos seguir viviendo. Libres porque no estamos presos, y juntos porque somos un colectivo amplio, diverso, que decidió caminar unido”, son las palabras de Edier, que manifiesta lleno de satisfacción.

En medio de reuniones improvisadas y asambleas nocturnas, se respira la convicción de que cada persona, por muy distinta que sea, trae consigo una historia que merece ser contada y escuchada. “Todos somos personas disímiles, con dolores distintos, pero este espacio nos ayuda”, afirman con certeza quienes han encontrado en la Maloca no solo un refugio, sino un espacio de transformación.

“La Maloca está en un lugar estratégico y eso nos habilita para crear alianzas, para compartir saberes y para ponerle sabor a la vida. (...) Contamos el uno con el otro. Aunque no haya nadie más en el mundo, una sola llamada entre nosotros mismos nos puede alegrar el día”, aseguró Laura llena de orgullo.

Entre las voces de la Maloca, resuena mucho el testimonio de quienes han llevado el peso de la pérdida. “Pensar en que se haya superado, eso nunca se supera; yo soy poco llorona, pero cuando veo a los niños en escena usted no imagina todo lo que me atraviesa. Es pensar que en algún momento tuve que enterrar a Nicolás, como yo no quería, pero que él fue una semilla que no se apagó”, mencionó Laura.

A ella le gusta esa cosmovisión y le hace bien pensar que no se trata de enterrar lo que se ha ido, sino de comprender que está en otro plano, que está vivo, que tiene otra misión, que no se entierra sino que se siembra, y eso fue lo que pasó con su hijo Nicolás.

Estas palabras, llenas de nostalgia y de una fe ferviente en la transformación, encierran el sentimiento de todos los que han vivido la pérdida como parte de un momento histórico. La misión final, como algunos han llegado a pensar en medio del dolor, no es olvidar, sino ayudar a transitar; es extender la mano y acompañar a quien, como ellos, transita por un “valle de sombra y muerte”.

Hoy la Maloca es un semillero en el que la falta de techo se convierte en la excusa perfecta para abrir las alas. Aunque en ocasiones los recursos materiales sean escasos, para ellos el verdadero tesoro es el recurso humano. El compañerismo de familias que se unen y se apoyan mutuamente, es lo que enriquece sus vidas.

Por donde transitan, dejan una huella de transformación. Porque hacen que lo que duele se convierta en el motor que impulsa a toda una comunidad a volar, sin techo, sin miedo, siempre con alas.



“Pensar en que se haya superado, eso nunca se supera; yo soy poco llorona, pero cuando veo a los niños en escena usted no imagina todo lo que me atraviesa. Es pensar que en algún momento tuve que enterrar a Nicolás, como yo no quería, pero que él fue una semilla que no se apagó”.

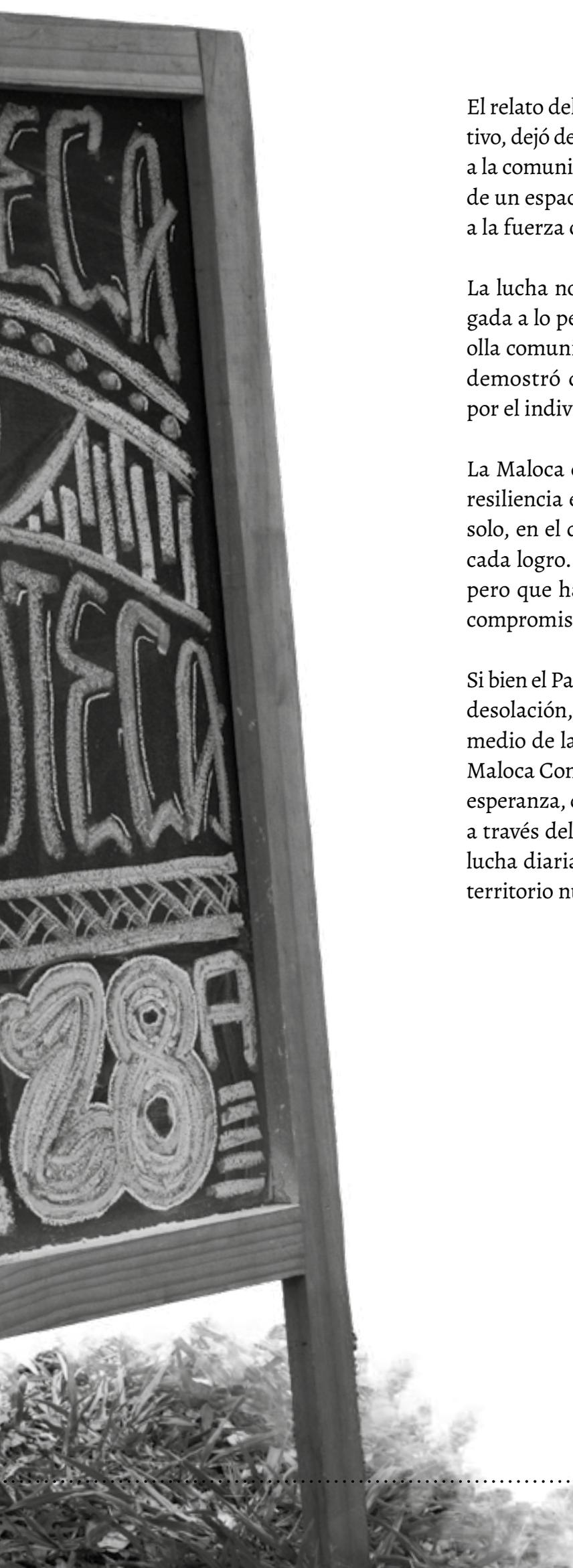
SI NO MORIMOS, ¿QUÉ SIGUE?

"Después del estallido social seguimos en un ejercicio de itinerancia, pero también han sido unos años de ir soñando y organizando el proyecto a través de la pedagogía de la provocación, la ética del cuidado, y la metodología en torno a las artes circenses para enseñar a niños un territorio que no existía", afirmó Edier. La propuesta de la Maloca nace de esa urgencia por incomodar, en un sentido positivo, hacer mover un poco las estructuras para que la Red de Bibliotecas, la Alcaldía, la Gobernación y todas las instancias estatales reconozcan que el arte y la cultura son patrimonio de todos. Esa misma provocación se convirtió en el puente para exigir apoyo, para gestionar recursos y para dignificar la labor de quienes han padecido el desamparo durante tanto tiempo.

Edier recuerda con orgullo el compromiso de la comunidad, cuatro años de una lucha intensa, que no cesa, donde han sido testigos de logros tangibles, estímulos del Ministerio de Cultura, apoyos de la Secretaría de Cultura de Cali y el respaldo de distintas entidades que hoy sostienen, de alguna forma, el proyecto. Han logrado que se les reconozcan proyectos, ganen convocatorias y se obtenga ayuda a través de programas como las Aulas Concertadas, de la Gobernación del Valle, que benefician tanto al semillero como al propio espacio cultural.

Sin embargo, Edier no oculta las dificultades que aún existen. "El dinero ha salido, muchas veces, del bolsillo propio. Hemos aprendido a gestionar, a ahorrar, aunque sea poco, porque antes ni imaginábamos cómo comprar algo tan simple como un candado. Pero seguimos, desde el terreno comunitario, con la educación desescolarizada y la ética del cuidado, trabajando en comunidad".





El relato del líder denota que no hay individualismo en lo colectivo, dejó de ser el 'yo' y se convirtió en un 'nosotros'. Edier define a la comunidad como una especie de guerrilla cultural. Se trata de un espacio en el que el logro no pertenece al individuo, sino a la fuerza compartida.

La lucha no es solitaria, es anárquica y, al mismo tiempo, ligada a lo pedagógico. Lo vemos ilustrado en la imagen de una olla comunitaria, un espacio pedagógico que funcionó porque demostró que la unión puede derribar barreras impuestas por el individualismo.

La Maloca es, sin techo y sin límites, un proyecto de vida. La resiliencia es la que sostiene un proyecto en el que nadie está solo, en el que el apoyo mutuo se conjuga en cada acción y en cada logro. Un territorio que a simple vista parecía quebrado, pero que ha sido reimaginado a través de la solidaridad y el compromiso de sus habitantes.

Si bien el Paro Nacional del 2021 dejó en Cali un legado de miedo, desolación, desgobierno, y más de 43 personas asesinadas en medio de las manifestaciones -la mayoría de ellas, jóvenes-; la Maloca Comunitaria Nicolás Guerrero es una herencia llena de esperanza, de solidaridad, de convicción. Es un movimiento que a través del poder del 'nosotros', camina sin miedo y abraza la lucha diaria con la certeza de que juntos pueden construir un territorio nuevo, más justo y más humano.